



*a. de Galarza*

**LA TERTULIA  
DE LOS COCIDOS  
DE ZARRALUQUI**

**LA TERTULIA  
DE LOS COCIDOS  
DE ZARRALUQUI**

Depósito legal: M-16747 - 1991  
I. S. B. N. 84-404-9489-0

Talleres gráficos de Prensa Española, S. A.  
Telémaco, 37. Teléfono 320 08 18

# INVITACION

de Luis Zarraluqui Sánchez-Eznarriaga

Señor don ... ..

Mi querido amigo:

Al término de la guerra civil, un grupo de amigos a los que diversos azares habían reunido en Bilbao en estrecho y cotidiano contacto, se encontró dispersado con la vuelta a la normalidad y el retorno a Madrid de la mayor parte de ellos.

El ferviente deseo de mantener aquella tertulia, la amistad que la cimentaba y el diálogo que la animaba, impulsaron a mi padre —Luis Zarraluqui Villalba— a convocar a todos ellos a una comida que se prologaba con un aperitivo que tenía lugar en nuestra casa y despacho de la calle Ayala, número 6 de Madrid.

El inolvidable Antonio Ferrant, mi querido tío Gonzalo Barba, el periodista y luego fundador de la empresa de helados ILSA, José Torres Bernal, el coronel Barba, Perico Sánchez, Pepe Muñoz, Perico Ortiz y el marino, decorador, primer teniente de alcalde de Fuenlabrada, cultivador de flores y finalmente sacerdote, Joaquín Castro —todos ellos desaparecidos— formaron con Pepe Menéndez —felizmente vivo y único superviviente del grupo inicial— y con mi padre la primera tertulia madrileña que empezó a reunirse regularmente desde principios de 1940.

Lo que inicialmente fuera una cena que tuvo como marco un sinfín de restaurantes (Chipén, Valentín, Jockey, Ciriaco, Jai-Alai, Horcher, Aroca y

El Albergue, entre otros muchos) para terminar en el Mesón de Mayte, se transformó en 1957 —año de mi incorporación— en lo que ya se ha mantenido inalterable desde entonces: el cocido de los viernes, con sede primero en Serrano, 103, y hoy en el paseo del Pintor Rosales, a cuyo almuerzo pone fin un hojaldre de la Antigua Pastelería del Pozo, fundada en 1830.

El cocido madrileño, heredero de la olla podrida —que es lo mismo que poderida o poderosa, como señala Covarrubias citando a Andreas Bacio— no es elección casual. Dionisio Pérez, Post-Thebussem, dice de él en su «Guía del Buen Comer Español» que «representa una fórmula sintética de todos los cocidos españoles, con el espíritu de equidad característico del pueblo de Madrid, sabe ampliarse o estrecharse según la grandeza o humildad de cada mesa».

Si la tertulia es una reunión de personas que se juntan habitualmente para conversar amigablemente o para algún pasatiempo honesto, como dice la Real Academia, la conversación alrededor del cocido madrileño representa la asamblea de amigos procedentes de toda la geografía y de variados campos de actividad y dedicación y poseídos de las más diferentes, e incluso contrarias, ideas en todos los órdenes.

En medio siglo de un diálogo vivo, abierto y variopinto, lleno del más auténtico y sincero liberalismo, sólo puedo recordar un par de incidentes que en nada menguan la calidad de tan amplia y dilatada conversación.

Parte singular de estas tertulias han sido siempre los regalos que los participantes hacen a sus contertulios y que se adjudican a los postres por riguroso sorteo. Los libros constituyen la mayor parte de estas dádivas, pero también están presentes obras de arte, figuras exóticas e, incluso, una intervención quirúrgica gratuita.

Por la tertulia del cocido de los viernes han pasado contertulios ilustres que han dejado huella indeleble con sus ocurrencias, anécdotas y enseñanzas. Sebastián Miranda, Juan Antonio Sangróniz, marqués de Desio, Pedro Sainz Rodríguez y Antonio Díaz Cañabate protagonizaron en los «cocidos» un sinfín de sesiones. Antonio de Lara «Tono», Vicente Gállego y Miguel Pérez Ferrero «Donald» fueron tertulianos constantes. Más ocasionalmente han asistido también Antonio Berdegú el librero, Manuel Aznar, Alfonso Sánchez, Manolo Merino y José Antonio Torreblanca.

La medicina ha tenido siempre una presencia de excepción en los cocidos. José Gay Prieto, Arturo Fernández Cruz, Manuel Izquierdo y Manolo Tamames han dejado su impronta en los cocidos, como desde hace

muchos años lo hace —y esperemos que por otros muchos más lo siga haciendo— Paco Vega Díaz.

También se ha sentado a la mesa la misma Gastronomía personalizada en dos primerísimas espadas: Clodoaldo Cortés y Perico Chicote.

Otros que han asistido a las tertulias son Carlos Sentís, Antonio Pedrol, Eugenio Suárez, Pedro de Lorenzo, el eminente jurista argentino Juan Cambiaso, José Antonio de Castro, Moisés García Torres, provisor de la Diócesis, el notario Jesús Led (fedatario de la guerra del salmonete), Rafael Márquez, José Gómez Figueroa, Francisco Giménez Alemán, Manuel Ramos Armero, Andrés Fagalde, Federico Mayor Zaragoza y mi hermano Jaime que, por unas u otras razones, no permanecen entre los habituales tertulios.

La tertulia comprende en la actualidad, además del decano y único superviviente del grupo inicial, Pepe Menéndez, a Luis Calvo, que sobrepasa la frontera de los noventa años y continúa animando la conversación con viveza admirable, a Pedro Laín Entralgo y Fernando Lázaro Carreter, a Antonio Mingote —tercero en antigüedad (el segundo soy yo)—, Eduardo Haro Tecglen, Guillermo Luca de Tena, el ya mencionado Dr. Vega Díaz, Álvaro Delgado, Fernando Díaz-Plaja, el embajador alemán Guido Brünner (que lo es también del Distrito de Chamberí), Carlos Luis Álvarez «Cándido», Guillermo de la Dehesa y el recientemente incorporado —casi simbólicamente— Juan Manuel Urgoiti.

Sería tarea ingente y, desde luego, muy superior a mis modestas fuerzas, escribir una crónica de cincuenta años de producción verbal de ingenio y erudición, humor y dialéctica, en el marco incomparable del diálogo amistoso.

Pero no puedo vencer la tentación de recordar aquí algún episodio, como el de la Guerra del Salmonete.

En cierta ocasión —la variedad de temas de conversación es infinita— aventuró un comensal sus juicios sobre la mayor o menor bondad del salmonete mediterráneo en comparación con el procedente del Cantábrico. Inmediatamente surgió la polémica y la concurrencia se dividió en dos bandos con posiciones antagónicas y totalmente irreconciliables. El salmonete norteño tenía su máximo paladín en Sebastián Miranda, quien, con su acento asturianín, defendía la superioridad del salmonete de pincho de las aguas del Principado. En el ejército contrario brillaba la capitánía de Joaquín Castro, cuyas convicciones y adjetivaciones no desmerecían en nada de su rival.

Mientras se hacía honor a los garbanzos, se formalizó la discrepancia y se tomaron democráticas medidas para solventar la disputa. Para el siguiente encuentro de la tertulia, Sebastián Miranda y Joaquín Castro se ocuparían de traer cada uno de ellos un salmonete por comensal, procedente de las aguas cuya calidad defendía. Los pescados serían recibidos por el notario de Sabadell Jesús Led, que sería el único en conocer el origen marino de cada lote y que numeraría los lotes con los anónimos uno y dos. Una vez condimentados en igual forma ambos conjuntos piscícolas, serían servidos uno tras otro a los contertulios, quienes, finalmente, por votación decidirían el ganador.

Llegado el día de la batalla, los salmonetes fueron cuidadosamente cocinados. Debo subrayar, sin embargo, que los del Cantábrico fueron adquiridos por otro tertuliano ya que, pese a su defensa a ultranza del salmonete norteño, Sebastián no pudo vencer su tradicional timidez para gastar un duro y buscó mil pretextos para no pagar él de su bolsillo los catorce pescados que le correspondían.

En fin, se sirvieron y fueron ingeridos por cada asistente los salmonetes uno y dos y, con evidente regocijo, comenzó la votación por el tradicional turno riguroso que se iniciaba con el comensal sentado a la derecha de mi padre, quien presidía la mesa.

—¡El uno! —dijo el primer votante.

—¡El uno! —apoyó el segundo firmemente.

—¡Desde luego el uno! —insistió el tercero.

—No hay duda, el uno es el mejor —ratificó el cuarto.

La cara de Sebastián Miranda empezaba a ser un poema. Sus ojillos chispeantes iban de uno a otro contertulio, llenos de desconfianza, recelando una complicidad de todos para gastarle una broma de las que con frecuencia se producían en estas reuniones. La verdad es que el salmonete «uno» era indudablemente mejor, al margen de su origen verdadero, sólo garantizado por la afirmación del pescadero. Pero fuera cual fuese la calidad gastronómica, Sebastián sólo atendía a su desconfianza.

—¡El uno! —votó sin dudar el quinto.

—¡El uno! —remachó el sexto, que se encontraba a la izquierda de Sebastián Miranda, al que al fin llegó su turno. Hubo una breve pausa. Nueva mirada en torno. Reflexión profunda del líder del salmonete cantábrico. Todos los demás pendientes de él. Inspiró profundamente, dirigiendo una inquisitiva ojeada alrededor.

—¡El dos! —estalló al fin.

—¡El uno! ¡El uno! ¡El uno!... —continuó rápidamente la votación hasta llegar finalmente a mi padre, quien, como los demás, votó también por el uno, mientras Sebastián murmuraba entre dientes, acusando a todos de confabulación contra él.

—¡Por trece votos a uno se proclama vencedor el salmonete número uno!

Jesús Led procedió a la apertura del pliego en el que estaban consignados los orígenes de los pescados, resultando que el lote uno correspondía al Cantábrico.

—¡Se declara oficialmente la superioridad del salmonete del mar Cantábrico sobre el del Mediterráneo, con el único voto en contra de Sebastián Miranda!

También Sebastián coprotagonizó con el marqués de Desio otra amistosa confrontación con motivo de un programa de televisión, denominado «Esta es su vida» que cada semana se dedicaba a un personaje. Se emitía desde Barcelona y a él acudían el biografiado y algunos amigos u otras personas próximas a aquél.

Tanto uno como otro de los mencionados contertulios habían protagonizado sendos programas y comentaban sus experiencias en ellos con evidente rivalidad.

—Después del programa —decía Sebastián— he recibido unas quinientas cartas felicitándome por él.

—Pues a mí me han llegado casi mil —oponía el marqués.

—En televisión han dicho que el mío era el programa de «Esta es su vida» que había tenido una mayor audiencia —opuso con vehemencia Miranda.

—Estoy de acuerdo —reconoció Desio—, porque cuando yo fui me dijeron que el número de videntes de mi programa había superado al de Sebastián, que hasta entonces era el primero.

Continuó así el enfrentamiento verbal, machacando literalmente el marqués de Desio cada una de las excelencias que exhibía un cada vez más exaltado Miranda, quien finalmente pareció haber encontrado un argumento irrefutable de su superioridad en la consideración televisiva.

—Mire usted, Desio, el mayor interés de televisión por mí no se puede discutir, porque a mí me han asegurado que nunca, ¿está claro?, nunca



hasta hoy, o sea, incluso después del programa suyo, se han plegado a unas exigencias como las mías. Yo les pedí, y accedieron, que me enviaran dos billetes de avión en primera clase, un coche con chófer durante toda mi estancia y una suite en el Ritz para la noche que debía pasar en Barcelona. Y esto sólo lo han hecho conmigo.

—¡Ah! No me diga —replicó el marqués inmediatamente—, pero ¿usted tuvo que ir a Barcelona? Pobrecillo. Qué molesto. Yo les dije que no quería desplazarme y vinieron todos a hacer el programa a Madrid y en mi casa.

La tertulia —siempre madrileña— tuvo un par de salidas fuera de Madrid. La primera con motivo de un enfrentamiento gastronómico en Ca Gatell de Cambrils entre una representación del Cocido de los Viernes, y un equipo catalán, liderado por mi tío Julio Zarraluqui y en el que era colaborador destacado el ya mentado Notario Jesús Led. El enfrentamiento fue durísimo. Platos y platos de exquisitos productos del mar iban siendo consumidos por los voraces contendientes. Cuando ya la capacidad de ambos equipos estaba llegando a su término, trajeron una tarta de chocolate, de la que dieron cuenta cumplida al borde de la apoplejía. Ya suspiraban todos por un final en tablas, ante la imposibilidad general de dar un solo bocado más, cuando mi tío Julio tímidamente llamó al camarero y le dijo:

—¿Querría usted traerme un flan?

La otra ocasión en que la tertulia se desplazó lejos de sus fronteras naturales fue cuando una representación de los contertulios asistió en Nápoles a la boda del también tertuliano Eduardo Haro Tecglen, en ceremonia oficiada, en gran uniforme y con solemne liturgia, por mi hermano Jaime, Cónsul General de España en dicha ciudad italiana.

La persistencia de la tertulia tuvo un momento de peligro al fallecimiento de mi padre, su fundador y anfitrión, en noviembre de 1978. En su última época, puedo afirmar con absoluta certeza que el cocido del viernes era el momento estelar de cada mes para él, que era la quintaesencia del liberalismo, de la conversación y de la fidelidad a sus amigos. Por eso, poco después, animado por un grupo de contertulios, pensé que el mejor homenaje que podía hacerle era brindarles la continuidad de ese foro mensual de diálogo, de expresión de amistad y de intercambio de ideas o chascarrillos.

A principios de 1990 se cumple el cincuentenario de esta tertulia a la que Pedro Sainz Rodríguez atribuyó el mérito de haberle puesto al día en

la realidad de España cuando volvió del exilio. La efeméride me parece importante por lo que significa el mantenimiento de un centro liberal de conversación entre amigos de tan diferente pensamiento durante medio siglo.

Para celebrar la ocasión, te convoco para el día 2 de febrero próximo a las dos de la tarde para degustar juntos el Cocido de los Viernes de las Bodas de Oro Tertulianas. Como confío en que el número de asistentes sea superior al ordinario, por la presencia de los habituales y de otros algo más alejados, no existe posibilidad de hacerlo en mi casa, por lo que tendrá lugar en el Salón Japonés de Lhardy, lugar lleno de tradición, tanto en lo que a cocidos se refiere como a madrileñismo y diálogo.

Incorporaré en esta ocasión a mis hijos varones, Luis y Pablo, para sembrar en ellos la continuidad de la tertulia.

Te agradeceré muy vivamente tu asistencia, y para incitarte a ella, te envío estas largas líneas –por lo que te pido perdón– con mayor anticipación de lo usual, rogándote la confirmación de tu presencia.

Un fuerte abrazo.

Luis Zarraluqui Sánchez-Eznarriaga

P. S.: Como todos los tertulianos tienen fácil y fructífera pluma –para escribir y dibujar–, quiero pedirlos a todos unas cuartillas que reflejen algún episodio o anécdota o la imagen de algún asistente a los Cocidos, cuyo conjunto pueda formar un pequeño volumen –grande por sus autores– que ayude al recuerdo.

Mil gracias.

Y éstas son las aportaciones tertulianas...



LUIS CALVO  
*apunte por Sebastián Miranda*

# CARTA

Por Luis Calvo

Señor don  
Luis Zarraluqui Sánchez-Eznarriaga  
Madrid

Mi querido amigo:

Después de contribuir generosamente al crecimiento de la población griposa de Madrid, me he quedado tan flemático que no puedo acudir a tu cita de Lhardy. Cuando digo flemático quiero decir potentado en flemas, y añado que estas flemas me fuerzan a declinar todo acompañamiento. Ya comprenderás mi desazón cuando tengo que dejar tu deliciosa tertulia en el día cincuentenario de su creación.

Recuerdos y júbilos se agolpan en torno a aquel gran amigo y asiduo cofrade en las cándidas jaranas madrileñas de nuestra adolescencia, Luis Zarraluqui Villalba, tu padre, hombre culto, ecuánime y siempre alegre y generoso, muy joven entonces. Le agradaba el trato con la juvenil bohemia literaria de los años veinte, que solía reunirse en un cafetín de la calle Ancha de San Bernardo, contiguo a la Universidad Central y cercano a la calle del Pez. Aquellas reuniones y las de la Puerta del Sol y sus cafés eran su solaz y el de sus primeros amigos poetas y prosistas en ciernes, unos premiados luego con nombradía olvidadiza y anegados otros en el ritual de oposiciones a covachuelas ministeriales. De uno de ellos supimos en una noche amarga que se había ahorcado en su propia casa. Era poeta

y seguía la senda de la erudición pura. Otros, como el bondadoso David Moreno, el cual nos regalaba entradas para los conciertos Daniel's en el Teatro de la Comedia, con Rubinstein en el piano, murieron también tempranamente.

A todos nosotros, chicos universitarios, henchidos de ilusiones, a todos alcanzaba la generosidad de Luis Zarraluqui Villalba, de quien admirábamos el buen humor permanente y su elegancia de verbo y de atuendo. Inalterable el talante liberal. Liberal en el sentido clásico de desprendido y en el más moderno de condescendiente y comprensivo. Luis Zarraluqui Villalba nos mostraba siempre un contentamiento que era contagioso. Estaba dotado de una especie de adoración mítica a la vida. Buscaba los amigos y era el mejor de ellos. Se nos murió pronto. Hubiéramos deseado verlo inmortal como el Dionisios de la antigua Grecia. En su profesión de abogado ganó fama, gran prestigio, buenos dineros. Bajo su mando deleitable, la tertulia alcanzó un punto de apogeo que, años más tarde, su hijo, nuestro Luis Zarraluqui Sánchez-Eznarriaga, mantendría en prestigio permanente. Por ella desfilaron y desfilan ilustres escritores, músicos, pintores, poetas, periodistas, filólogos, hombres de leyes, de letras y de artes plásticas.

La rica biografía de Luis Zarraluqui Villalba cuenta con un sabroso episodio periodístico. El periódico le atrajo siempre, le fascinaba, y un día, en pleno periodo censorial del franquismo, llevado de un impulso generoso y libre, y casi romántico, compró «España» de Tanger, que fue uno de los periódicos más nutridos de informaciones y comentarios, quizá el más ameno periódico de aquellos tiempos. Se llevó al mejor periodista español del siglo XX, y no estoy exagerando. A Fernando Vela nada menos. Y también a otro gran periodista que sigue derrochando ingenio y buena cultura en nuestros días y que es Eduardo Haro Tecglen.

Felicitemos con júbilo a nuestro anfitrión de hoy, de todos los meses del año, continuador de una generosa iniciativa de su ilustre padre, la cual iniciativa seguirán sin duda los nietos que hoy están con nosotros. Esta es una tertulia donde todos nos hacemos amigos y, como se dice en el Eclesiastés, «Un amigo leal es la medicina de la vida». Así lo proclamaba también Luis Zarraluqui Villalba.

Muchas gracias, querido Luis, y ahí va un abrazo exento de flemas.

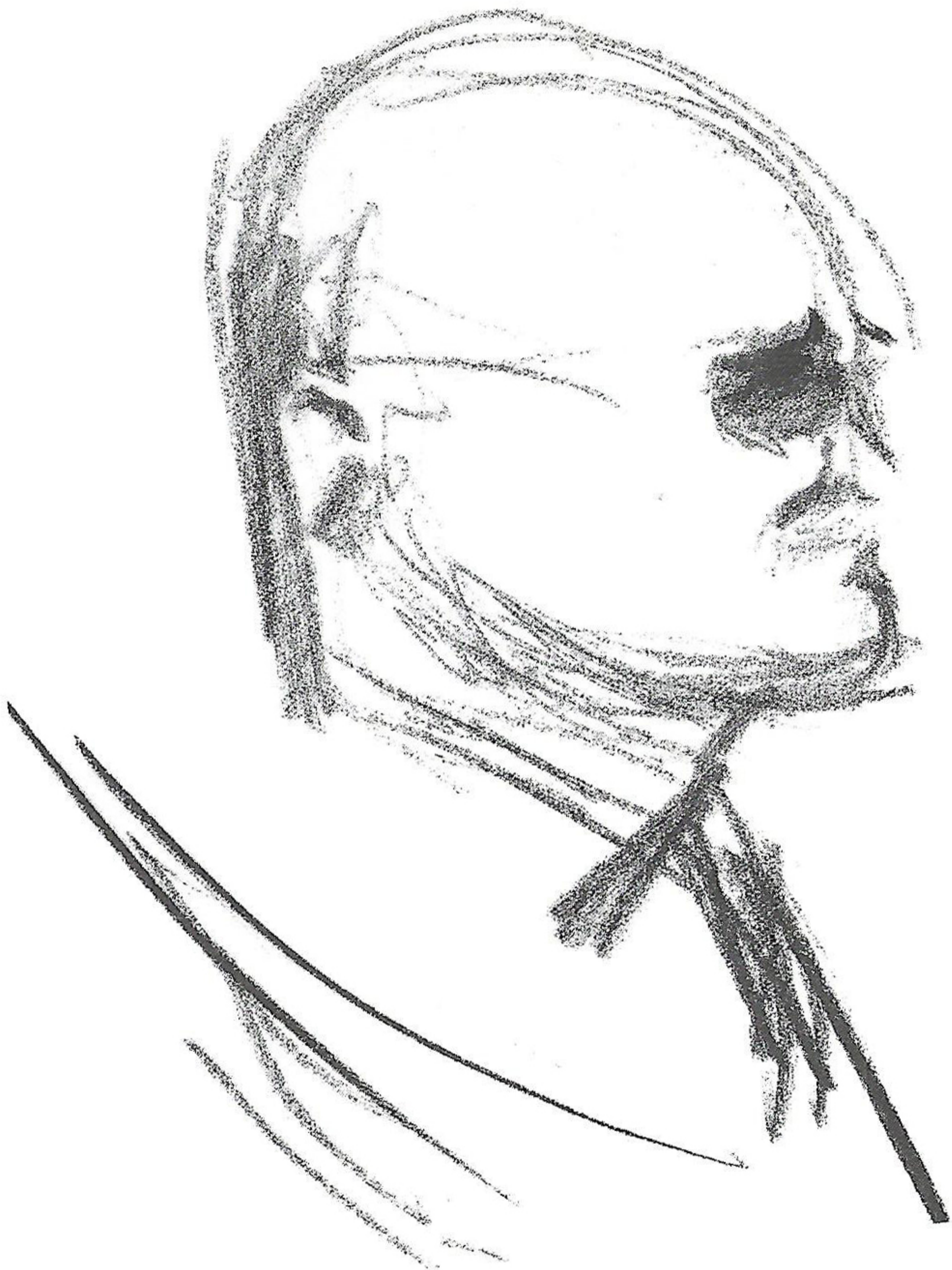
Luis Calvo

# Un cocido ripiado al pliego de cordel a la saga Zarraluqui

Por Francisco VEGA DÍAZ  
Con ilustraciones de Antonio Mingote  
(Miembros de la tercera promoción de los  
críticos zarraluqueños)

## MEMORIA DE LUIS ZARRALUQUI

*Era un joven muy nervioso  
cuando yo le conocí,  
y aunque entonces no intimamos  
nos amigamos por fin,  
allá por los años treinta  
(los que tendría don Luis),  
en la calle de Jardines,  
do teníamos un redil  
(cabaret por otro nombre)  
al que solíamos acudir  
para a las chicas que iban  
invitar a Peppermint.  
Los ojos de Luis azules  
miraban a lo pillín,*



FRANCISCO VEGA DIAZ  
*apunte por Sebastián Miranda*

*y a la chita callando  
les hacía buen tilín.  
Tenía singular fama  
de ser un buen parlanchín  
y las jóvenes soñaban  
con decirle siempre sí.*

*Todas tenían algún daño,  
sobre todo sífilis,  
y todas vivían del cuento  
y la cuenta de don Crispín.*

*Pero Luis las toreaba  
como un Juan Belmontín  
y al tío no le cazaban  
con el aire puteril.*

*En un salón maculado  
que se llamaba «Forting»  
y en quioscos de la Bombilla  
junto al Manzanerín,  
¡cuánto hemos los dos bailado!  
Y con chicas casaderas  
en los salones del Ritz.*

*Que era un castigador  
sabíalo to Madrid,  
donde nació, ya tan listo,  
que de recién nacidín  
tomaba con gusto el pelo  
al que no fuese calvín.  
En Madrid se hizo abogado  
y se aprendió el codiguín,  
y otro código secreto  
de vencer al rivalín.  
Se instaló por las Salesas  
en un modesto pisín,  
mas como era espabilao  
y no perdía un pleitín,  
pronto acabó en Serrano,  
una casa con jardín.*

*La Justicia era la clave*



que ocupaba su magín,  
mas un tema le angustiaba  
que acusaba un gran deslíz:  
que vivir los mal-casados  
en un infierno sin fin,  
era un fracaso indigno  
que había que corregir.  
Tenía que arreglarse aquello,  
ya bastaba de sufrir  
guerras que sólo llevaban  
a un canónico festín.  
Había que devolver el sitio  
a la alegría y el reír.  
Y eso que parecía imposible,  
logró arreglarlo don Luis,  
que no era un separador,  
sino un benefactorín  
llamado a subir al cielo  
con alas de querubín.

Debo recordar un gesto  
importante de por sí,  
que concierne a una aventura  
periodística de Luis.  
Con Corrochano y con otros  
creó un diario tangeril  
que se publicaba fuera  
pa de la censura huir.  
Aunque aparecía en Africa  
preparábase en Madrid,  
pero el Semanal leíase  
de uno a otro confín.  
Allí ayudó a perseguidos  
de la posguerra incivil  
dándoles mesa y pluma  
pa poder sobrevivir.  
Vázquez Zamora, Cabezas,  
Vega, Goico el dibujantín  
y el ínclito Fernando Vela  
sin poder la firma incluir;



*¡Cuánto hemos los dos bailado!*



*Que no era una separador, sino un benefactorín*

*sus folletones de historia  
eran lo único sutil  
de una prensa que tenía  
calidades de cubil.  
Dejó una huella imborrable  
aquel diario de Luis,  
que merecería un estudio  
y acaso una tesis.*

*Pero no nos desviemos  
de lo que nos trajo aquí.*

*Hace ahora cincuenta años  
el simpático don Luis  
organizó para amigos  
un buen primer cocidín  
para explotar a destajo  
su idea de ser feliz,  
de despotricar sin tacos  
y de matar el esplín.  
Bien lo sabe el gran Menéndez  
que nos acompaña aquí.  
Repitióse aquel cocido  
como el ciclo femenino,  
y cuando se interrumpía  
o un jurídico viaje.  
Luis lo llamaba cocido,  
pero era un gran banquetín.  
Todo se repetía igual,  
a las dos, los «vendredís»;  
todas las cosas a punto  
con elegante cariz.  
Aperitivos y charla  
alrededor de un whisky,  
hasta que, llegados todos,  
bajábamos al comedorín.  
Sopa con grasa o sin ella,  
según el estomaguín;  
garbanzos con sus adictos  
papas, zanahoria y repollín;*

*carne, jamón con tocino  
y un picante choricín  
acompañao de morcilla  
con sangre de cochinín.  
Un tintorro de Rioja  
y unos postres de chupín:  
tartas del Pozo y quesos  
... y el café con copetín.*

*Tal fue la gastrolatría  
con que el galante don Luis  
festejaba a los amigos  
con este único matiz:  
una honradez comprobada,  
un disculpante sentir,  
un carácter tolerante  
para poder discutir,  
una inteligencia media  
y arte para divertir.  
En la mesa se sentaban  
desde el duque al marquesín,  
desde el artista al llegado  
de Argentina o de Berlín;  
el académico lingüista  
el ingenuo parlanchín,  
el mili civilizado,  
el cura con coronil,  
el librero de grabados  
el cuitado mediquín,  
el pintor despincelado  
el astur escultorín,  
el famoso periodista,  
el humorista chunguil,  
el profesor estudioso,  
el cirujano cañí,  
el historiador, el crítico  
y el banquero, pobretín,  
pa bromear hilarantes  
toas las cosas del país.*

*Mas, ¡rediez!, se me olvidaba*



*Aunque aparecía en Africa preparábase en Madrid*



*... hasta que, llegados todos, bajábamos al comedor*

*un dato que no es baladí:  
que entre el café y la copa  
se rifaba un regalín  
que la mano de Luis Calvo,  
harta de tanto escribir,  
sacaba con gran sigilo  
en plegado papelín.  
Libros, libros o un dibujo...  
¡Nunca se rifó un bombín!  
Así fue siempre el cocido  
del 103 Serranín.*

*Luis Calvo, Gay Prieto y yo,  
del brazo de Zarraluquí,  
comíamos algunos martes  
en la plaza de Chamberí  
(transformada en ladrillero  
que planeó un edil  
al que habrá que pedir cuentas  
antes de lo destruir).  
¡Sólo esperamos, don Guido,  
su orden para ir allí  
con pico y pala, dispuestos  
a hacer un bien a Madrid!  
Pero un día tristemente  
al «Chuletón» dejamos de ir  
porque a nuestro amigo Gay  
llegó la hora de morir,  
yéndose a ese mundo ignoto  
del que no se pue venir,  
dejándonos un vacío  
que no había medio de cubrir.*

*Los tres qué solos quedamos  
a encerrarnos en Serrano  
en el hogar del buen Luis  
(casa que, al pasar, la veo  
con ganas de delinquir,  
porque allí los Zarraluqui  
nos dieron un buen vivir).  
(En junio del setenta y siete*



*fue concedida a don Luis  
una gran cruz benemérita  
raimundina y peñafortí.  
Se la puso sobre el pecho  
el hoy decano de Madrid.)*

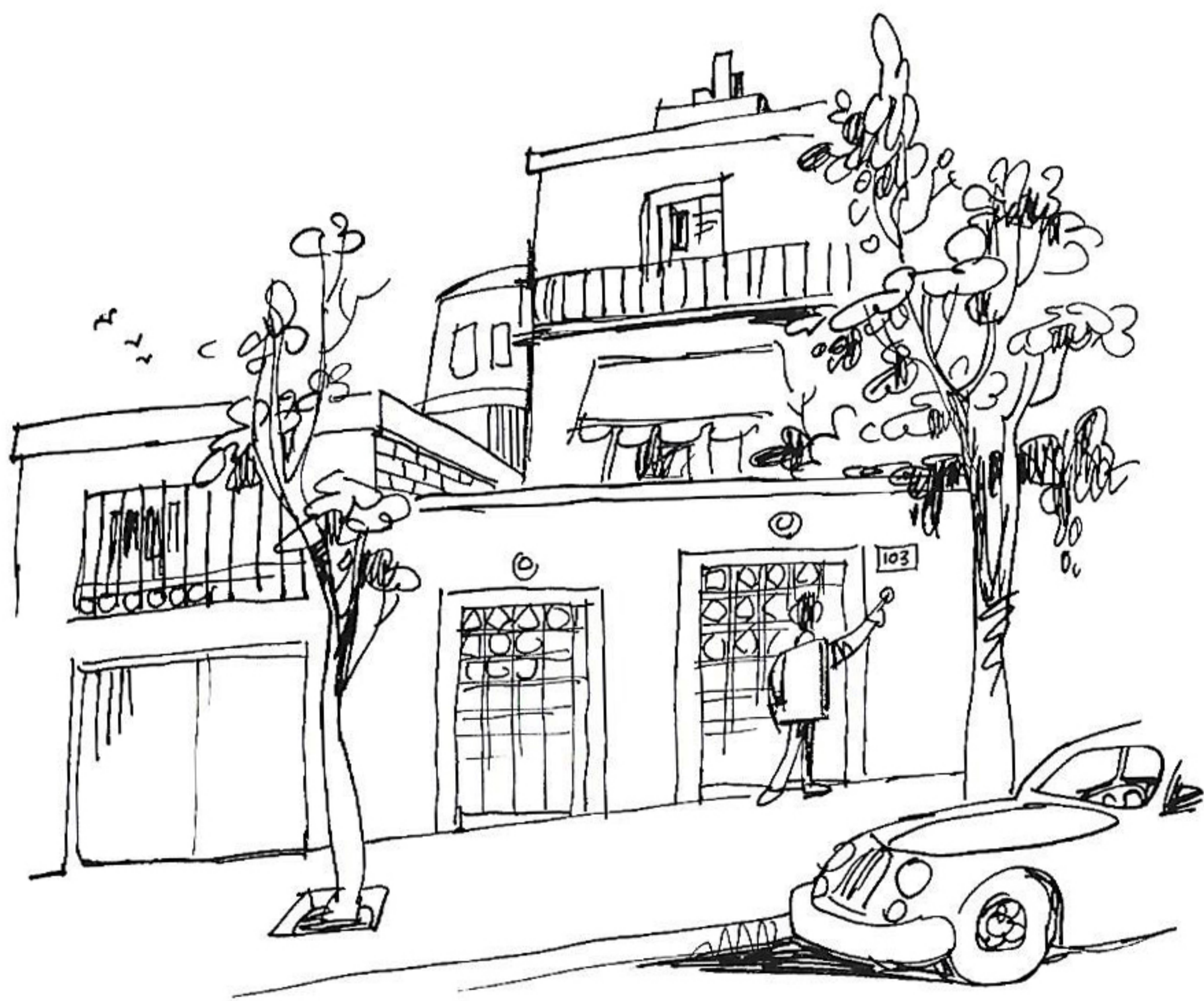
*Pero en fecha inolvidable  
llególe, de golpe, el fin  
a aquel que nos cobijaba  
bajo su sombra gentil.  
Su médico nada pudo,  
lo blanco se puso gris.  
«Zarraluqui y la concordia»  
fue el título que en ABC di  
a un artículo que no sé  
cómo lo pude escribir.  
El grupo había enlutecido.  
ninguno podría seguir  
el camino que él marcara  
permitiendo convivir  
a los que no siendo iguales  
él hacía coincidir...  
Cuando un día, consagrable,  
le sucedió su delfín.*

## PRESENCIA DE LUIS, HIJO

*Y aquí empieza otra historia  
que cambió la situación.  
Hace ahora varios años  
un tarjetón anunció  
que Luis, hijo, continuaba  
la paternal tradición.  
En las mismas casa y mesa,  
puerta y brazos nos abrió  
a los amigos del padre  
que errábamos sin son  
a la buena o mala de Dios,  
dando muestra de sus dotes  
de amigo y de anfitrión.*



*Sacaba con gran sigilo el plegado papelín*



*Porque allí los Zarraluqui nos dieron un buen vivir*

*(A tu padre, fiel retrato,  
le igualaste, vive Dios.)*

(Mirando a Luis)

*Cambió el jurista de casa,  
mas la mesa no olvidó,  
y en el paseo de Rosales  
lo pasamos como Dios.  
Es mérito de esta saga  
que continúas con honor.*

(Mirando a Luis)

*En una carta enviada  
en el año que ya huyó,  
el hombre que nos preside  
recordábanos a tos  
que hoy se cumplen cincuenta  
años desde el primer cocidó.  
¿Qué millones de garbanzos  
habremos devoradó?  
Todos juntos no cabrían  
en este japonés salón.  
Sólo con pensar en ello  
nos estalla el higadó.  
Luis a esto llama tertulia,  
pero no es tertulia, nó.  
Esto es un coro completo  
de do-re-mi-fa-sol,  
y un foro donde arreglamos  
lo que no arregla ni Dios.*

*Y aquí estamos, Luis, contigo,  
sentados en tu derredor  
—yo en pie por ser  
destos ripios el autor—.  
Somos muchos comensales  
los que tu imán atrayó  
a este Lhardy con memoria  
de políticos complots,  
donde triunfaban un día  
los que perdían otró.  
Maura, Dato y Romanones,*

*Azaña, Prieto y Cambó  
cual nosotros se juntaban.*

*Cocido también habemus,  
pero el de tu casa, no.  
Fáltanos algo en el aire,  
la atmósfera del comedor,  
Maribel avisándonos  
con bondad y con tesón...  
No hay oro que pagar pueda  
el sabor de tu rincón.*

*Porque a ciegas te queremos  
como hacía Cupidón,  
aunque sin carcaj ni flechas  
que hieran tu corazón,  
juntos las gracias te damos,  
a ti y a tu sucesión.  
Y con la aspersion solemne  
de este modesto hisopón  
de champán cargado a tope,  
te damos la bendición  
de una amistad que tiene  
matices de religión,  
para que tú y los tuyos  
viváis a satisfacción,  
sin berrinches, ni cabreos,  
como merece un señor.  
Rogamos que a Marielle  
transmitas la admiración  
que todos le profesamos  
con profunda devoción;  
y que clemente le pidas  
un dadivoso perdón,  
que sea también madrileño  
como el cocí del rondón,  
por robarle muchos viernes  
horas tuyas al reló.  
Y a raudales, Luis, te damos  
nuestro herido corazón,  
pidiéndole a Dios que siga*



*... y en el paseo de Rosales lo pasábamos como Dios*



*... y con la aspersion solemne de este modesto hisopón*

*haciéndote, siempre, el mejor.*

*En el nombre del padre (que fue el tuyo),  
en el del hijo (que eres tú)*

*y en el del espíritu santo (que somos los comensales)  
te bendecimos a la mayor gloria  
de toda la saga Zarraluqui.*





LUIS ZARRALUQUI VILLALBA  
*apunte por Sebastián Miranda*

# Recuerdos

Por Carlos Luis ALVAREZ, «Cándido»

La primera vez que yo comí un cocido fue a los doce años, la edad en que vine a estudiar a Madrid. El cocido y el Metro fueron las cosas que más me impresionaron. Desde entonces sigo fiel al cocido. Entonces me resultaba sumamente nostálgica la visita sacramental de los primeros viernes de mes a la casa de Luis Zarraluqui, donde dan cocido.

Asistí por vez primera a la tertulia de los primeros viernes a finales de los cincuenta, creo recordar, invitado por Zarraluqui (padre), y la gente era muy mayor. Fui de la mano de Luis Calvo, que antes me había puesto en contacto con el propio Zarraluqui, el viejo, para escribir en su periódico «España», de Tánger, cosa que no salió.

Mi primer cocido fue en Serrano, en el inolvidable chalet de Serrano, que había que bajar unas escaleras para llegar al comedor. Aquel primer viernes estuve callado y lo que más recuerdo es que José María de Areilza llegó tarde, hizo una disertación sobre política internacional y se marchó sin esperar a que le respondiesen. Pero se marchó con tan buenos modales que yo quedé encantado. Intuía que aquello era la democracia. Todavía no he aprendido a marcharme de los sitios tan bien. Eso de marcharse aprisa sin dar la sensación de que se interrumpe algo sólo le es posible a quien posea la gracia de la media verónica.

Allí en Serrano hice respetuosas amistades y aprendí mucho, oí muchas historias a sus protagonistas. Todo lo que sé de Franco que merece

la pena lo sé por las confidencias de Pedro Sainz Rodríguez, que cada mes me regalaba un libro suyo sobre los místicos, con dedicatoria, porque yo no me atrevía a decirle que ya me lo había dado. Bastantes veces fui a su casa, sumergiéndome en su prodigiosa biblioteca, y siempre me daba una copa de oporto. Luego me contaba cómo hacía Franco los decretos y que no sabía comer bien ni beber bien, su amistad con él en Oviedo, cuando don Pedro le animaba a que se casase con Carmen Polo. Luego me contaba amoríos de obispos, sobre todo de uno que era enemigo de Alfonso XIII. A don Pedro le gustaban mucho los místicos, pero lo que yo creo que le gustaba más era el espionaje.

De Luis Calvo es difícil que no palidezca cuanto pudiese decir al lado de su generosa amistad, de mi aprendizaje de periodista a su lado. Por él conocí y traté con íntima asiduidad a Ramón Pérez de Ayala en su casa de Gabriel Lobo, 11, en Madrid. Allí iba muchas tardes.

Una de las cosas que más me divierten de las tertulias es oír las conversaciones entre Luis Calvo y el doctor Paco Vega, porque hablan simultáneamente y no se oyen. Otra lección de democracia que no olvidaré jamás.

Fernando Lázaro suele referirse a cosas del lenguaje, de las que saco provecho, y en general de todos aprendo. Quizá sea yo el menos gratificante de los contertulios, ya que poco provecho puede sacarse de mí.

Luego está Eduardo Haro, siempre con esa mirada del que se le echa un camión encima, y ese formidable sentido de la argumentación lógica del que sabe que el camión lo atropellará inexorablemente. Es una de las personas de alma más elegante que conozco, una elegancia profunda, y sus silencios a veces me resultan dolorosos. Es un gran escritor, quizá el más perfecto de los que escriben en los periódicos, pero eso no le consuela.

En fin, todos los contertulios son ilustres, como todos los pergaminos, artísticos, y todos los incendios, voraces.

Al cabo la tertulia y los contertulios, y naturalmente el cocido, pasamos a Rosales, la nueva casa-despacho de Luis Zarraluqui. Nos llevamos los queridos fantasmas de la vieja casa, entrañables fantasmas.

El eje de esta prolongada tertulia, cuyas «memorias» serían de una amenidad suprema, sigue siendo un Zarraluqui, Luis, personalidad tan universalmente positiva, que incluso creo que irradia luz. Como él no confunde nunca lo privado con lo público, quiero reducirme aquí a proclamar su generosidad privada y pública, fuera de una inteligencia irónica y penetra-

tiva. Su casa-despacho de Rosales es el templo del cocido, y él es su sumo sacerdote. A mí es que me va lo del cocido.

En torno a su mesa, los primeros viernes de mes, se desarrollan episodios vivos de la historia social, artística, política y literaria de este país.

Prácticamente yo estoy de oyente, en el buen sentido.



JOAQUIN CASTRO  
*apunte por Sebastián Miranda*

# La cita extraviada

Por Guido BRUNNER

Conocí a Pedro Laín Entralgo en la tertulia, allá por 1984. Como a todos los contertulios, me impresionaron su pensamiento original y profundo, su vasta cultura, su buen decir y la nobleza de sus sentimientos.

Por aquella época me pidieron una conferencia sobre Alemania para el Club Siglo XXI. Pregunté a Pedro si podría hacerme un texto de introducción y accedió gentilmente. Tuvo la amabilidad de alabar mi proyecto de conferencia y de compararlo —«salvata distantia», me temo— con las «Cartas a la Nación Alemana» del filósofo del idealismo alemán, Fichte. Leyendo esta referencia, me vino a la mente una cita de Goethe. Resumía en mi recuerdo mejor que nada lo que cabía decir de la unidad de Alemania. Yo recordaba el sentido del fragmento goethiano, pero no las palabras exactas. Me puse a buscarlo, inútilmente. Tuve, por tanto, que «pasar» de Goethe.

La conferencia transcurrió satisfactoriamente. Alguien dijo entonces que su contenido era «profético» (un amigo, sin duda). Acaso por un párrafo: «La cuestión alemana, se quiera o no, es la clave del futuro de Europa. Podemos darle la espalda, ignorarla algún tiempo; no por ello dejará de atraparnos a la vuelta de la próxima esquina histórica.»

Quizá por aquello de: «Una sociedad que ofrece la capacidad de transformación de la alemana puede aportar algo importante si se le otorga

confianza. Encuadrada en un ámbito de tolerancia, ligada al equilibrio de fuerzas globales existentes, pueden nacer de este pueblo impulsos que disminuyan el choque de los sistemas ideológicos y la carrera armamentística. No basta con controlar e inspeccionar mutuamente cohetes y ojivas nucleares. Para estabilizar la paz mundial hacen falta contactos humanos, intercambios culturales, comercio, cooperación industrial, ayuda a los países en desarrollo, esfuerzos para preservar el acervo ecológico. En suma, hay que potenciar lo que nos une.

»En el mundo de las ideas y de la psique, Europa no puede terminar en el muro de Berlín. Europa y Alemania tendrán que dar un salto mental hacia el futuro. Los alemanes tendrán que jugar su papel. Una cosa es que, como deudores decentes de la historia, suscriban las letras que ésta, como causantes de guerras mundiales, les reclama, otra cosa es negarles su derecho de autodeterminación y pedirles que abandonen toda idea de identidad.» Con el paso de los años, todo esto ha adquirido tintes de apasionante actualidad.

Y, ved por dónde, ahora que repaso los papeles, encuentro la cita de Goethe. Mi «eslabón perdido» dice: «No temo que Alemania no se una. Sobre todo deseo que se una en amor y que siempre se mantenga unida. Y que el ducado alemán y el penique tengan el mismo valor en todo el país. Ah, y también que con mi maleta pueda pasar por todas las regiones alemanas sin que nadie la abra.»

A diferencia de mi «profecía», y, en menos palabras, la de Goethe, contiene todo lo que hemos vivido últimamente: la referencia al espíritu pacífico de la reunión de los alemanes, a lo permanente del fenómeno, a la unión monetaria y hasta el Mercado Único sin fronteras. ¡Y eso en 1828!

# Mi primer cocido

Por Guillermo DE LA DEHESA

Si existe un contertulio, entre los presentes en esta magna celebración de las bodas de oro de nuestra tertulia-cocido, que haya mostrado menos méritos para haber sido admitido en ella, ese soy yo. Si tengo el honor de pertenecer desde hace ya trece años a esta ilustre tertulia no es ni mucho menos por mis méritos o habilidades literarias, artísticas o intelectuales, sino simplemente porque Luis Zarraluqui padre e hijo decidieron de forma arbitraria que así fuera.

Había conocido a ambos en África del Sur en circunstancias dramáticas que nos unieron estrechamente durante un largo fin de semana. Afortunadamente coincidió mi vuelta a Madrid, tras cinco años por tierras africanas, con la muerte de Franco y con la transición democrática en la que tuve la ocasión de participar activamente, período éste en el que dejé de mantener contacto alguno con los Zarraluqui, salvo con Jaime, compañero mío en el periplo africano al que veía de cuando en cuando.

De repente, unos días después de ser nombrado director general con el primer Gobierno democrático de Adolfo Suárez, a finales del verano de 1977, recibí con alegría la llamada cariñosa de Luis Zarraluqui padre para invitarme a comer a su casa con unos viejos amigos liberales, me apuntó, con los que mantenía regularmente una tertulia los primeros viernes de mes y para decirme que le gustaría que participase en ella.





ANTONIO DIAZ-CAÑABATE  
*apunte por Sebastián Miranda*

Yo ya asistía a una tertulia económico-política los lunes por la tarde, que aún perdura, que entonces incluía a José Piera, Pedro García Ferrero, Ángel Rojo, Javier Pradera, Raimundo Ortega, Luis Alcaide y Óscar Leblanc, entre otros, y tenía una enorme curiosidad por conocer aquella otra tertulia que Luis padre llamaba liberal.

Mi sorpresa fue enorme cuando al llegar a Serrano, 103, a las dos en punto (puntualidad que no he conseguido repetir en estos últimos años, salvo hoy, que casi la he vuelto a recuperar tras una advertencia severa de nuestro anfitrión), me encontré con que aquel grupo de viejos amigos era una representación muy escogida de la intelectualidad española. Todos ellos eran y son grandes personajes de la cultura a los que yo había leído u oído anteriormente, unos como Luis Calvo, Antonio Díaz Cañabate, Eugenio Suárez o Antonio Mingote por la Prensa diaria, otros como Pedro Sainz Rodríguez y Vicente Gállego por sus libros y otros por referencias admirativas como José Antonio Desio y Paco Vega Díaz. Fue para mí un placer haberlos conocido personalmente en aquella ocasión. Tras haber saludado con respeto a todos ellos (recuerdo a Antonio Cañabate con zapatillas de felpa como si estuviera en su casa), al ver mi cara de satisfacción, Luis padre me dijo, con orgullo de contertulio, que aún faltaban algunos, ya que habían excusado su asistencia Sebastián Miranda, Pedro de Lorenzo, Guillermo Luca de Tena, Eduardo Haro Tecglen e incluso un burócrata como yo que se llama José Menéndez (esto último alivió un poco mi temor a sentirme desplazado ante tanto personaje ilustre).

Temor éste que se disipó tan pronto como observé que la discusión discurría en un tono relajado, sencillo, sin retórica ni erudición e impregnada de una gran dosis de ironía y del más fino humor. Recuerdo también que para hacerme sentir como uno más de ellos me hicieron varias preguntas sobre temas económicos iniciadas por el anfitrión.

Una vez sentados a la mesa, la conversación se inició, como mandan las reglas, sobre gastronomía, en la que Desio demostró sobradamente sus conocimientos teóricos y su experiencia práctica. De recuerdos sobre platos famosos, alambicados y exóticos que unos y otros habían placenteramente degustado o forzadamente deglutido, pasamos a hablar de la tortilla. Discutimos desde la sencillez de la llamada «tortilla a la francesa» a la ausencia de una verdadera «tortilla a la inglesa» y al carácter fuertemente indigesto, según Paco Vega Díaz, de la tortilla española. La sola referencia a la «tortilla por países» dio pie a que se desarrollase un enfrentamiento verbal entre anglófilos y francófilos, liderados respectivamente por Luis Calvo y Desio sobre la aportación de los ingleses y los franceses, no a la

cocina, que no admitía comparación, sino a la cultura europea y sobre la diferencia entre «philosophers» y «philosophes». Luis Zarraluqui padre salvó el duro enfrentamiento, con la autoridad y el gracejo impetuoso que siempre tenía (y que su hijo ha heredado en buena parte), pasando, mediante una finta lingüística, de la tortilla al lesbianismo, tema en el que también abundaron los comentarios expertos y en el que cupieron desde anécdotas jocosas con nombres, apellidos y todo lujo de detalles en las que, una vez más, Luis Calvo demostró su portentosa memoria, hasta sesudas disquisiciones históricas, anatómicas y antropológicas por parte de don Pedro Sainz Rodríguez, don Vicente Gállego, don Antonio Díaz Cañabate, el marqués de Desio y el doctor Vega Díaz (que, por cierto, eran los únicos que tenían y mantienen el tratamiento previo de respeto). En este punto pude introducir humildemente, pero con satisfacción, una cita de Levy Strauss que consideré ajustada como aportación a un debate de tanta altura.

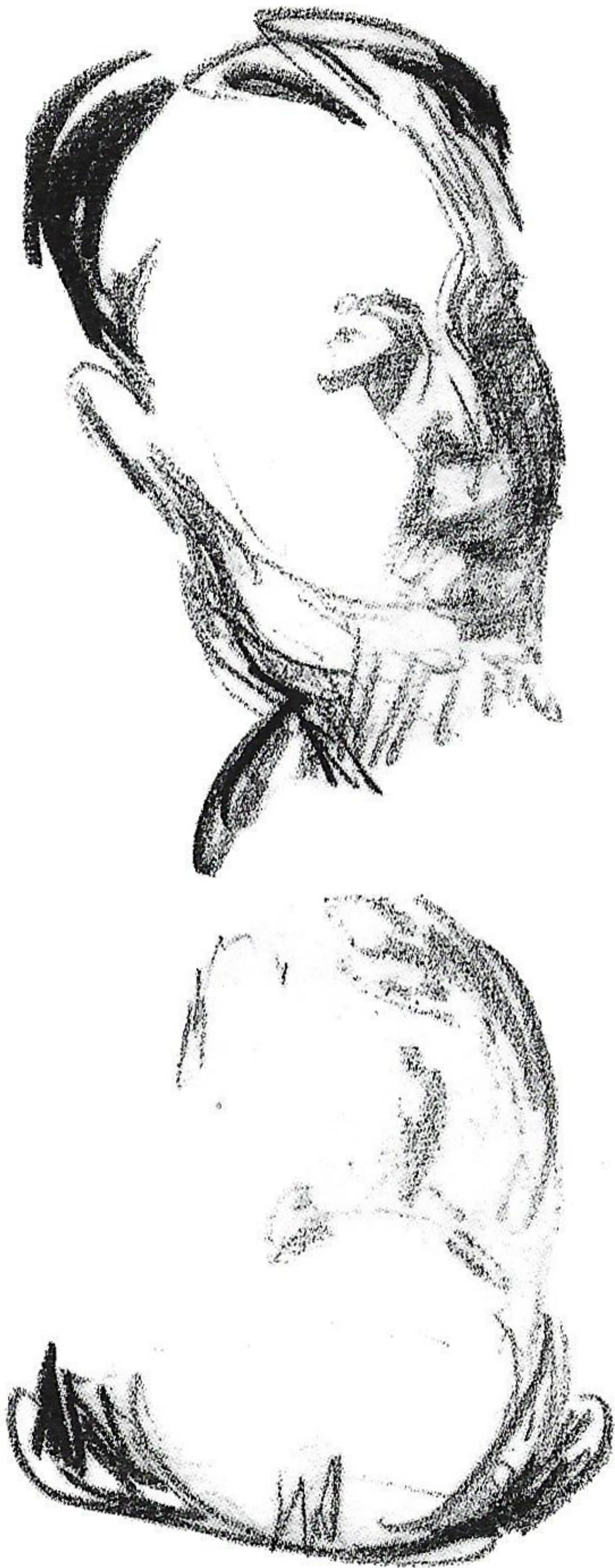
Del lesbianismo se pasó al travestismo y de éste, por asociación fonética o de ideas, a hablar del Trastevere y de Roma de la mano de Desio, quien nos explicó cómo aquél se practicaba allí desde los tiempos romanos. De Roma se enlazó con Unamuno sin que recuerde bien el hilo conductor, a menos que fuese freudiano. Este fue para mí el punto culminante de la tertulia, ya que me parecía imposible tener ante mí personas que hablaban de Unamuno con la naturalidad del que no sólo conoce su obra, sino que forma parte de ella. Estaban hablando como contemporáneos suyos, como amigos que habían compartido con él pensión, mantel o Universidad. Era como si Unamuno hubiese revivido y estuviese comiéndose el hojaldre con nosotros o como si nosotros hubiéramos dado un salto atrás en la historia. Fue impresionante.

Al terminar la comida llegó uno de los momentos de mayor alegría con la tradicional rifa de libros (en la que, por cierto, me tocó uno, quizá por una benevolente trampa de Luis Calvo por ser yo primerizo), y a continuación el momento más duro para algunos cuando tuvieron que subir las empinadas escaleras hasta el salón y bajar las del jardín hasta la calle, en cuyo esfuerzo tuve la ocasión, por indicación de Luis hijo, de ofrecer mi brazo a don Pedro Sainz, quien me lo agradeció con una cita de Santa Teresa. Observo por cierto ahora que el cambio de sede de la tertulia no ha mejorado tamaña barrera física, sino que la ha empeorado por ser la nueva escalera más larga, más oscura y más resbaladiza.

Y esta es mi modesta y sosa crónica de «tertulicantano» que me temo hace poca justicia a lo realmente acontecido, pero el hecho de que aún lo

recuerde da una idea del gran impacto que me produjo. Desde entonces me he ido enriqueciendo, cocido a cocido, con la palabra de los maestros, algunos ya tristemente desaparecidos, pero suplidos y reforzados por otras incorporaciones de lujo como la de Pedro Laín, Fernando Lázaro Carreter y Fernando Díaz-Plaja, entre otros. Por todo ello siempre estaré agradecido a esa decisión espontánea y caprichosa de don Luis Zarraluqui, del que sigo teniendo un recuerdo imborrable.

Madrid, 2 de febrero de 1990



JOSE GAY PRIETO  
*apunte por Sebastián Miranda*

# Viernes de Razón

Por Fernando DÍAZ-PLAJA

Allí donde el cemento y asfalto de Madrid empiezan a dejar sitio al árbol y la flor, está la casa de Luis Zarraluqui, una casa que él convierte en la de sus amigos el primer viernes de cada mes.

Y si es allí donde Madrid cambia el físico, sus habitantes trocan también su talante. Asombrosamente, los vecinos de la Villa que a esa casa acudimos, dejamos por un par de horas la piel áspera del celtíbero, para convertirnos en europeos. Si el español en general, sólo habla en las tertulias en dos ocasiones: cuando conoce el tema o cuando lo ignora, en el número 82 de Rosales, ¡oh, milagro!, sólo hace uso de la palabra quien tiene, de verdad, algo que decir sobre el tema. El pintor, el profesor de Letras, el abogado, el médico, el periodista, el historiador, el dibujante, el economista, el crítico teatral cuentan y los demás escuchamos, ese acto tan inusual entre nuestros compatriotas. Parece que al cruzar el gran portalón enrejado hayamos dejado en la acera la agresividad y la intolerancia típicas de nuestro carácter. No surgen en la conversación los típicos... «¡qué me vas a decir!, ¡de eso sé más que nadie!, ¡te lo digo yo!...»

Lo único tradicional, auténticamente hispano del almuerzo de Zarraluqui es el manjar: Se trata del cocido, esa feliz combinación de la huerta, la vaca y el cerdo, que ha constituido siempre el plato típico del español y, especialmente, del madrileño, hasta dar motivo al indígena para creer en su universalidad: «Siempre hay que ganarse el cocido...» o «en toda tierra

de garbanzos», que para el ingenuo dicente resulta cualquiera del ancho mundo.

El cocido, insisto, no puede ser más hispánico, pero los que lo comemos nos sentimos en aquel ambiente europeo y aún europeos del más cortés de los siglos: el XVIII. No empleamos el «Vuestra Merced», pero lo significamos en el respeto tenido hacia el otro comensal, un respeto que hace tan mal visto el chiste procaz como la interrupción a alguien en el uso de la palabra.

Gracias, Luis, por dejarme compartir ese par de horas, tan «ilustradas» como amables.

# Luis Calvo y su revólver

José GÓMEZ FIGUEROA

Asistí muy recientemente y por primera vez a estos civilizados diálogos del garbanzo con la cultura que ofrece Luis Zarraluqui, en los comienzos de cada mes, a un escogido grupo de gentes importantes. Fue por los años 79 u 80 y vine de la mano de Luis Calvo, querido amigo y maestro mágico. Así que me considero un comensal novato, encastillado en mi timidez. Me considero también, y lo soy, el contertulio más insignificante.

Me tachan mis amigos de parlanchín y, sin embargo, concurre a estas célebres gastronomías callado como un muerto. Y no es que intente exhibir una falsa modestia, ya que no puedo vanagloriarme ni de falso, ni mucho menos de modesto; es que me impresionan los demás comensales: académicos de la lengua, médicos, catedráticos, periodistas, pintores, políticos... La intemerata.

Luis Calvo, pues, consiguió un día que este otro extraordinario Luis Zarraluqui me invitase a frecuentar el cocido que se digiere en medio de un clima literario también exquisito e inusual. Como ya dije, corrían los años ochenta y yo dirigía entonces «Hoja del Lunes», editada por la Asociación de la Prensa de Madrid, y cuyo periódico, en el mejor momento de su historia, dejó de publicarse por culpa de una competencia ciertamente estúpida e incomprensible. Plumos de oro de entonces y de ahora, ilustres personajes en la vida científica, en el arte, fueron colaboradores de la «Hoja» y frecuentaron también, aunque desde mucho antes y sin dejarlo





LUIS CALVO  
*por Antonio Mingote*

de hacer hasta hoy, los gratísimos almuerzos de Zarraluqui, cuya institución, la referida del garbanzo y la cultura, acaba de cumplir medio siglo.

Y lo que yo quería contar aquí, para añadir una nueva historieta a las que van a multiplicarse con motivo del cincuentenario, es que más de una vez, acompañando a estos cocidos a Luis Calvo, me llamó la atención un ostensible abultamiento de la chaqueta del gran periodista, a la altura del bolsillo izquierdo, poco más o menos. El caso es que siempre estuve a punto de preguntarle qué llevaba escondido allí; pero, por unas cosas o por otras, nunca lo hice.

Un día, después del almuerzo, fui con Luis Calvo desde Serrano, 103, donde se encuentra últimamente la casa madre de la tertulia, dentro de la real casa de Luis Zarraluqui; fui, como digo, con Luis Calvo caminando hasta la puerta de su domicilio, que queda a un buen trecho, puesto que Luis vive en las cercanías del estadio de fútbol Santiago Bernabéu.

«De hoy no pasa —pensé para mis adentros—; cuando termine de contarme sus preciosas aventuras en Praga, por el barrio de Kafka —que me narraba con entusiasmo, casi a gritos—, le voy a preguntar qué es esa cosa tan grande que lleva debajo de la chaqueta.»

Pero Luis no me concedió ninguna oportunidad. Llegados a la puerta de su casa, me cogió de un brazo, me metió en el ascensor y ordenó:

—Venga, vamos a tomar otro cafetito.

Subimos. Abrió la puerta del piso, me condujo al salón, todo lleno de libros, y antes de que yo pudiese decir esta boca es mía metió la mano en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta y sacó un artilugio oscuro de enormes proporciones, algo que me infundió verdadero terror, con un tubo negro y amenazante que naturalmente era el cañón de un arma ne-gruzca, feísima, que dejó caer con mucho ruido encima de una mesa.

—Es un revólver, ¿sabes? —exclamó con una risita de conejo—. Lo llevo de un tiempo a esta parte, por si acaso.

Volvió a coger aquel desagradable trasto y lo hizo con cierta dificultad, porque debía de pesar lo suyo, y dirigiéndolo hacia mí como para entregármelo, insistía:

—Mira, mira. Tócalo, tócalo.

Dí un salto hacia atrás, como en las películas de risa cuando se produce una situación por el estilo, y con las dos manos abiertas delante del arma, supliqué:

¡No, por Dios! ¿Pero cómo llevas eso encima? ¿Es que serías capaz de disparar?

—Que no se atreva nadie a atracarme porque lo dejo seco —contestó Luis Calvo, al tiempo que envolvía amorosamente el horrible aparato en un paño verde y lo guardaba en un hueco de la librería.

Luego me ha contado el doctor Vega Díaz que se trataba de un revólver de gas, antediluviano, que Luis Calvo compró a un anticuario en Londres, durante su época de corresponsal allí del ABC. Me aseguró Vega Díaz que tal cacharro jamás podría ser disparado por Luis Calvo por dos razones inapelables. Una, porque las pequeñas manos de Luis, sin demasiadas fuerzas a los ochenta y tantos años, serían incapaces de inyectar en sus pequeños dedos la energía suficiente para poder levantar y luego accionar el gatillo de aquel enorme revólver; y finalmente porque Luis Calvo, el mirífico, cascarrabias y dulce Luis Calvo, no dispararía nunca, en ningún caso, ni siquiera contra una mosca disfrazada de atracador.

Comparto a ojos cerrados la opinión de Vega Díaz, pero mientras viva llevaré asociada a los cocidos culturales de Luis Zarraluqui la imagen espantosa de aquella cosa oscura y deforme, con un cañón amenazante, que escondía Luis Calvo algunas veces debajo de la chaqueta.

# La casa de los Zarraluqui

Por Eduardo HARO TECGLÉN

¡Cuántos años hablando! Pasan los hombres y las anécdotas permanecen; rebotan de un comensal a otro, se les añaden pequeños detalles, se las depura de alguna retórica, y finalmente nos las contamos a solas porque nos gusta recordarlas otra vez, como prueba de que existe lo que no cambia, cuando todo nuestro alrededor es cada día otra cosa. Por esta tertulia ha pasado la historia reciente de España, la nunca escrita, y la pequeña crónica, y los rasgos de los vivos y los muertos; y vamos pasando nosotros con nuestra fidelidad mutua.

Una parte significativa de mi vida ha estado en esta casa; y no digo aquí casa como vivienda, sino como familia y como linaje y origen: la casa de los Zarraluqui. En ella me han enjugado algunas lágrimas. Todavía tengo más, y todavía las iré trayendo a los Zarraluqui, que hoy mismo dan un paso en la continuidad y en la tradición. Veo en estas comidas la parte de un todo, que es una larga relación con ese apellido y estas personas queridas. Me propuse no hablar de don Luis, don Luis por derecho, para evitar el toque siempre un poco vergonzoso del sentimentalismo, pero su recuerdo viene por sí solo; como domina, al menos para mí, nuestras reuniones. Es parte también de mi vida, y creo que de las de muchos de los que estamos aquí. Trabajé y sufrí con él, y mi miedo pacato, mis rasgos de hombre de orden y de pequeño burgués extraviado se asombraban ante las aventuras a las que me dejaba arrastrar por él sin reconocirme a mí



LUIS ZARRALUQUI VILLALBA  
*apunte por Sebastián Miranda*

mismo. En París, o en Tánger, o en Marbella, o en Madrid, charlábamos al borde de una mesa de restaurante o de bar, y de pronto le oía proponer algo que me estremecía. Yo quería decirle que era imposible, pero aprendí pronto que esa palabra no la aceptaba. Y a veces aquello era técnicamente imposible; pero él lo hacía real. Tenía el raro arte de lo imposible; y la inteligencia de ir apuntalando la idea que había brotado de pronto con maderos firmes de razón, o articulando el disparate hasta que dejaba de serlo; y yo he decidido muchas veces, quizá siempre, aceptarlo y tomar el frágil barco con él de maneras que suponían cambiar mi vida. Y nunca he tenido que reprochármelo: y nunca he tenido nada que perder con él. Y entre las ganancias más importantes tengo que contar la de su experiencia generosamente traspasada, la de mirar la vida de otra manera, la de entenderme de una forma distinta a la del retrato robot que yo tenía de mí mismo.

Y así nos encontramos Luis, al que entonces todavía llamábamos Luisito, y yo, siguiendo los dos con la velocidad que podíamos desarrollar aquella misma estela de la aventura, sin necesidad de decirnos nada de nuestro miedo. Luis es más parecido a mí; no tanto como para que tenga nada que temer de la vida, pero sí en este aire de personas de orden que probablemente sería insoportable para los demás si no tuviésemos esa impregnación de la persona que nos estimulaba hacia lo inverosímil y hacia lo improbable, siempre dentro de una calma y de una sonrisa que daban seguridad.

Luis ha heredado algo más —y esa cadena genética sigue su camino—, y es una bondad profunda, un sentido de la amistad que hoy se va extinguiendo en Madrid, y quizá más lejos, probablemente por razones de la modificación del canon de la vida cotidiana; y una mano siempre tendida hacia la desgracia. Su especialidad en la abogacía siempre fue algo más que una referencia a las leyes y a las posibilidades; fue una creencia de que el amigo que sufre —y son amigos todos los que llegan a su despacho— necesita que se le dé la razón y que se la gane ante los demás. En las anécdotas de esta reunión han ocupado alguna parte las de juicios ganados por Zarraluqui, uno u otro, por valores más humanos que jurídicos: por su propia capacidad de emoción y de convicción de lo justo por encima de lo jurídico. Porque el arte de lo imposible puede ser arriesgado como hombre de empresa, o como empresa en la vida, pero es impagable en la profesión de abogado de familias, o de abogado en general. No hay nada mejor, cuando lo vemos todo negro o perdido, que la sonrisa del hombre que sabe, y su mano en el hombro, y la seguridad de que lo impo-

sible es un producto de nuestra imaginación enturbiada, pero que en realidad no existe. Y de que vamos a ganar algo que es siempre mas que dinero, o normas de conducta restablecidas o estatus en la vida; y es la restitución de nuestra personalidad perdida por algunos avatares. Y si alguna vez no ganamos Zarraluqui va a hacer que, por lo menos, esa personalidad no se pierda nunca. Y hace párrafos que no digo padre, o hijo: hablo del apellido y de su permanencia.

Estas comidas que nos reúnen proceden de ese impulso que tuvo don Luis, que ha heredado Luis y que van a continuar sus hijos. Nos han hecho ganar mucho en nuestras amistades mutuas; las que teníamos de antes, o de otros lugares, y las que hemos encontrado aquí. Aunque en este momento estemos fuera de ella, y recuerdo que don Luis podía estar en todas partes tan seguro de sí mismo, tan dueño y tan señor del lugar como si estuviese en su propia casa; aunque estemos fuera de ella, repito, aquí mismo estamos en la casa de los Zarraluqui.

# Para Luis Zarraluqui, corrector de Inmanuel Kant

Por Pedro LAÍN ENTRALGO

*«En un pueblo húmedo y frío,  
destartalado y sombrío,  
entre andaluz y manchego.  
Invierno. Cerca del fuego,»*

un poeta caviloso toma la pluma, recuerda a su joven amigo José Ortega y Gasset, y escribe:

*«¡Tartarín en Königsberg!  
Con el puño en la mejilla,  
todo lo llegó a saber.»*

Todo: desde lo que es el conocimiento humano de las cosas hasta lo que debe ser una comida entre amigos. Convertido en dómine de la convivencia social, el sabihondo de Königsberg nos dirá, copiando al británico lord Chesterfield, que el número de los comensales debe ser mayor que el de las Gracias y menor que el de las Musas; que la dinámica del festín no será idéntica cuando éste es «de sólo chapeos» o «con señoras»; que la intención del convivio «no debe ser tanto la satisfacción corporal, cuanto el deleite social para el que tal satisfacción debe ser simple vehículo»; que la conversación general del grupo, en la cual habrá de reinar en todo momento el mutuo respeto —«todo banquete», dice el severo moralista, «lle-





ANTONIO DIAZ-CAÑABATE  
*apunte por Sebastián Miranda*

va consigo cierta sacralidad y el deber del silencio frente a todo lo que pudiese causar alguna incomodidad ulterior a quien en torno a una mesa ha sido compañero» — no se dividirá en coloquios particulares; que el anfitrión, como un buen director de orquesta, cuidará de que el curso de la comida se ajuste a una sucesión de tres tiempos: relatar (contar algo que a todos interese), razonar (comentar sin pedantería lo que el relato diga) y bromear (añadir al comentario bromas que diviertan y que incluso hagan reír, porque la risa es muy conveniente para la buena marcha de la digestión).

Precioso conjunto de reglas, no hay duda. ¿También inamovible, como si fuera un precepto para puritanos? Postkantianos o transkantianos sin proponérselo, los fundadores de la dinastía de los Luises de Zarraluquía —tú, Luis II, y tu padre— habéis corregido al maestro regiomontano. En materia de convivencia amistosa, ¿acaso un español chapado y contrachapado no puede pisarle el poncho a un pedantón hiperbóreo, por mucho que éste quiera apearse de su pedantería?

Con vuestra generosa y ya ritual conducta, los dos, tan hábiles abogados como avisados anfitriones, os habéis encarado respetándole muchísimo, eso sí, con el sabelotodo Immanuel Kant, para españolamente decirle: «Sin exagerar, Manolo. En torno a nuestra mesa se reúnen diez, doce o catorce personas, e incluso trece, si el azar ha querido que desafíemos las amenazas de los augures. Lo hacemos y lo seguiremos haciendo así porque al curso de una conversación general le van muy bien ciertos ocasionales paréntesis de cuchicheos entre los comensales entre sí más próximos; sólo así no abrumba o no desmaya la charla general. ¿Acaso no es gustoso, cuando llega la ocasión, el envío de la palabra al otro extremo de la mesa, como un balón lanzado al voleo? Es posible que las Gracias no puedan ser más que tres; pero en el siglo del cine y el ordenador, por fuerza tienen que ser más de nueve las Musas. Otra cosa, admirado Manolo. ¿Por qué esta preceptuada sucesión del relato, el razonamiento y la broma, como si la conversación en el almuerzo amistoso hubiese de seguir un curso de tres tercios, a la canónica manera de nuestras corridas de toros? ¿Acaso el relato no puede ser broma —o noticia grave, si la ocasión lo pide o lo impone—, y acaso no conviene que los razonamientos no campeen sobre los manteles de un ágape alacre, y queden para uno sólo, ya de regreso a su olivo cada mochuelo? No, maestro, no. Aunque tan bien esté mucho de lo que dijiste, tú, sabio de Königsberg, no llegaste a saber, la mejilla sobre el puño, todo lo que las comidas ociosas y no negociosas deben ser. Emplearemos tu jerga: como preceptor de estas comidas, tu imperativo debe ser hipotético y no categórico.»

Querido Luis II: que durante muchos años puedas seguir invitándonos a tus venéreos almuerzos —ojo: son venéreos tus almuerzos porque se celebran los viernes, no porque con ellos nos ofrezcas voluptuosos hidromasajes secretos, como ciertas saunas—, y que tu cordial y sabia compañía nos haga descubrir —en esto, muy kantianamente— que el cocido madrileño puede ser, tanto como los hojaldres de la pastelería del Pozo, causa de satisfacción corporal y vehículo para el deleite social y personal de reunirnos contigo.

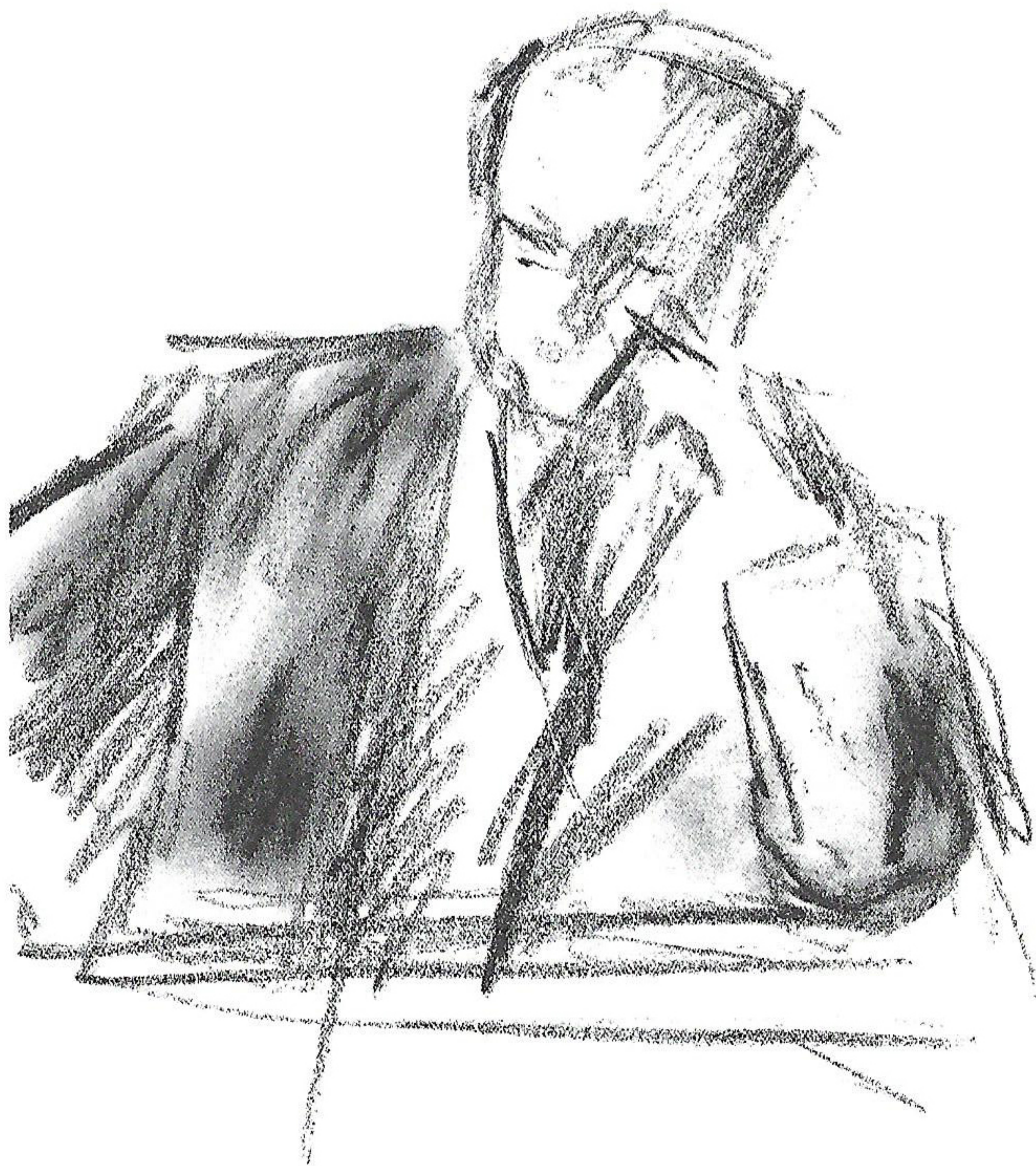
# El viernes de Luis Zarraluqui

Por Fernando LÁZARO CARRETER

No son la Cuaresma cuarenta días, sino veintinueve o treinta, todos los meses, según el mes; y hasta veintisiete o veintiocho, según le da a febrero. Porque el otro, el que falta para la cuenta, es viernes de Pascua o de Gloria, también llamado de Luis Zarraluqui por la cofradía de Rosales. Todo un mes, menos un día, para el atasco, el teléfono y el curre: vía cuaresmal hacia las postrimerías. Y sólo ese día, viernes primero, viernes de primera, con tres horas de alegrar cuerpo y alma. Ruta, y ya no rutina, que nos encamina hacia la esfera celeste donde tocan el arpa los varones amistosos. Todos los varones amistosos que en el mundo han sido.

Yo alcancé tal ventura extraído por nuestro anfitrión de otro convivio memorable, el de Vega Díaz en sus cordiales ágapes del Serrano medio, el del sur de *ABC*. Cordial reunión, pura corazonada de Paco, grande en corazón y sabio en la víscera, caritativo pretexto, en el fondo, para que don Pedro Sainz contara entresijos de cuando Don Juan y Franco; y Cañabate, cómo resignaba su fervor ante el de don Santiago en la anhelante cola.

De allí, Luis me condujo, Serrano arriba, al norte de Prensa Española, en las proximidades clásicas de la Fundación Pastor, y a la sombra del árbol prolijo y poco frutal del Consejo. Éramos casi la tropa de Paco Vega, así que fue suave mi tránsito al ya veterano banquete. Y desde entonces, año tras año, mes tras mes, a la espera del tónico viernes de Zarraluqui, en torno de la mixtión milagrosa que forman, tocando a gula, el garbanzo



ANTONIO FERRANT  
*apunte por Sebastián Miranda*

y el cebón. Con su nuncio, el fideo, y la escolta venerable del hojaldre de Del Pozo, monte del gozo madrileño, ya que no compostelano. El origen de éste lo conocemos, pero ¿de dónde vienen a la mesa de Luis la sopa y la legumbre? Sospecho que de aquel pueblo salmantino, en cuya tienda de comestibles, sobre un saco de garbanzos, esplendía el siguiente cartel:

*Soy de muy buena cochura;  
comedme con regodeo  
porque soy manteca pura.  
También se venden fideos.*

Era, sin duda, un pueblo voluptuoso, poco parecido a aquel otro de Segovia en que Eugenio d'Ors, paseando por sus soportales un terrible mediodía de agosto, vio en el escaparate de la fonda una tortilla seca, convertida en foro de moscas, sobre la cual había pinchado un letrerito que decía: «Vendida».

Vengan de donde vengan tan sublimes nutrientes, son algo más. Del garbanzo, en particular, dice el doctor Laguna, sabio comentador de Dioscórides, que es venéreo, y que esto le proviene de ser caliente, por lo cual da vivacidad al hombre. De ello se colige que rejuvenece, pues nada es más vivaz que lo joven. Para probarlo está Pepe Menéndez, mirando apacible cómo le pasan los años sin quedársele dentro, cofrade testigo de la cofradía que sólo en presencias, no en alma, ha cambiado. Y con él, Luis Calvo, cuya voz tonitronante y risa hacen vejamen del mundo y de las edades. Son los milagros mayores que acreditan esta fuente de juventud.

A su alrededor estamos los muchachos. Unos, confesadamente cándidos, como Carlos Luis Álvarez; otros, en batalla antigua con las primeras letras, según es el caso de Guillermo Luca de Tena. Alguno adolescentemente preocupado por el cuerpo, como Pedro Laín. O Antonio Mingote, que goza y regocija haciendo sublimes monos y palotes. Y Eduardo, incansable con su Haro, por el que hace pasar a comediantes chirles y dramaturgos hebenes. O Fernando Díaz-Plaja, en esa edad de preguntar qués y porqués, predestinado a historiador. Y Álvaro Delgado, siempre hecho retrato adolescente suyo, frente a Guido Brunner, que ya otea su puesto de embajador de Chamberí apenas se construya la Europa de los barrios. Están luego los errantes; Guillermo de la Dehesa, que se soltó el pelo aborrellado del apellido, pero, no infiel a él, y sin mayores ambiciones de futuro, suele preferir las migas pastoriles al soberano cocido. O Jaime, con terca y pueril afición a escapar de casa apenas se descuida su hermano. Todos almas de Dios, mantenidos simples y jóvenes y armónicos por ese maná de convivencia, ya pentadecenal invento, que sigue administrando-

nos mes a mes nuestro maestro de coro e hijo del feliz inventor Luis Zaraluqui, cuya vida y viña guarde el Señor por siempre, para ser loado según merece, y agradecido, por mucho que sea, menos que merece. Nos reúne graciosamente, tres horas mensuales, y libera el ingenio, el humor y el saber de quienes los tienen, y la memoria también y la esperanza y la alegría de todos. Aprended, Luis y Pablo, aprended de él los nuevos Zaraluqui. Quién sabe si algún día, el admirable don Luis Calvo, en sus indagaciones vasco-caucásicas, averigua que vuestro apellido significa «sembrador de amistad».

# **Cincuentenario de los almuerzos de Luis Zarraluqui**

## **Mi homenaje a Luis Calvo**

Por Guillermo LUCA DE TENA

Queridos amigos:

Soy uno de los veteranos de estos almuerzos de Luis Zarraluqui. Pero no lo soy tanto como Luis Calvo, comensal fidelísimo de estas reuniones, contertulio incomparable, maestro mío en tantas cosas: el tesón y la tenacidad en el puente de mando de un periódico; la generosidad liberal a la hora de optar; el espíritu civilizado, profundamente europeo, de este gran escritor, escritor humanista, pequeño de estatura, grande por su talento. Grande también por su corazón, que le llena de vida hoy, en su noble senectud. Sea por muchos años, buenos años, queridísimo Luis. ¿Sabías que el centro de cardiología de la Universidad de Yale acaba de publicar el resultado de sus investigaciones? ¿Sabías que el corazón humano tiene hoy, ya en nuestros días, gracias a los últimos fármacos y a los nuevos sistemas de «by-pass», la posibilidad de batir durante ciento veinte años? ¿Comprendéis, queridos comensales de la mesa de Luis Zarraluqui, que antes lo fueron de Luis Zarraluqui y que dentro de muchos años serán los de Luis Zarraluqui, comprendéis, repito, que esa no es una perspectiva fu-



turista sino algo que empieza a ocurrir ya? La inmunología y la química molecular van a llevarnos, después de no pocos giros, a la fuente de la juventud que buscaron hace siglos Lancelot y Amadís de Gaula. Ahí tenéis al doctor Leoz, que acaba de morir por culpa de la mala gripe que recorre Madrid, a la edad de ciento diez años.

Luis Calvo ha sido durante medio siglo un puntal en esta mesa, ejemplo de diálogo y tolerancia. En años de libertad y en otros años de clima más duro hemos resistido aquí las peores heladas; hemos animado las esperanzas de unos y otros, hemos hecho, digámoslo así, algunas cosas modestas pero bien visibles por la convivencia en nuestro país. En años buenos y en años malos, Luis Calvo, variable en tantas cosas, ha mantenido un eje esencial invariable a lo largo de este medio siglo. Su talento creador de soberbio prosista; su ironía a veces amable, a veces temible; su eclecticismo británico de gran señor de las letras. ¡Cuántos españoles eminentes han pasado por este medio siglo de España casi desconocidos! Pienso en Pedro Sainz Rodríguez o en Ricardo Gullón, cuya primera foto se publicó siendo ya octogenario. Muchas veces recuerdo aquellas palabras de Andy Warhol, el gran pintor norteamericano: «La fama es algo maravilloso que dura diez o quince días».

No creo que ninguno de nosotros hayamos sido ejemplo de gentes interesadas por la fama, fantasma indiferente para algunos, menospreciable para otros. ¡Cuánto se ha reído Luis Calvo de la fama! ¡Cuánto se ha reído de la prepotencia oficial, hoy, ayer y antes de ayer! ¡Cuánto se ha reído de la pompa académica y de las pequeñas vanidades! Con ese rostro impenetrable a veces, como de emperador de Manchuria, yo he creído adivinar sus carcajadas interiores ante las pretensiones de aquel ministro o las vanidades de aquel erudito.

Que los cielos nos den, queridos amigos, la oportunidad de seguir reuniéndonos aquí. Esta ha sido mucho más que una tertulia: muchas veces un lugar de debate, un centro de información, y para mí de aprendizaje, o una mesa en la que nos reconfortábamos unos a otros en momentos difíciles. Son estas pequeñas reuniones meramente amistosas, pero siempre con fidelidad al calendario, las que han animado a la España más culta y abierta, para nosotros la mejor de las Españas posibles. Pequeñas instituciones, pequeñas reuniones que multiplicadas por millares han defendido lo mejor que tenemos: la libertad de discutir y de saber, que es tanto como decir la fuerza del espíritu. Al evocar hoy la fuerza del espíritu pienso, no sin cierta emoción, en nuestro querido Luis Calvo.

Madrid, 2 de febrero de 1990

# Parodia ripiada de la «Canción del Pirata» (Espronceda)

Por Francisco VEGA DÍAZ

*Con cien garbanzos por barba,  
vino, tarta y francachela,  
un recuerdo siempre queda  
del vienero banquetín.  
Sopa de fideos, que llaman  
prólogo del cocido,  
por todos muy bien querido  
y rechupado hasta el fin.*

*El cuento en la mesa riela  
dando a todos el contento,  
cuando aparece el momento  
de la rifa de don Luis,  
con buenos libros de Europa  
o chucherías de Madrid.*

*Sigue, cocidero mío,  
sin temor,*



ANTONIO DIAZ-CAÑABATE  
*por Antonio Mingote*

*que nada podrá contigo.  
Ni el tiempo, ni la mala uva,  
ni vueltas en el timón,  
torcerán ya tu camino  
ni producirán hartura.*

*Cincuenta años  
hemos hecho  
a despecho  
de Marielle,  
pero todos nos reunimos  
como esclavos  
a sus pies.*

*Navega, cocido mío, con tesón,  
pues nunca otro cocí alcanza  
al de tu simpar anfitrión.  
Cincuenta fueron los años  
que Zarraluqui y su hijo  
nos dieron su comedor.  
Si los garbanzos juntáramos  
que el amigo aquí nos dio,  
no habría sitio en este piso  
para almacenarlos tós.*

*Unos hemos ancianado,  
otros perdieron el son,  
el fundador se nos fue  
en trágica defunción,  
y otros que también se fueron  
huella dejaron en nos.*

*Pero el cocí de Rosales  
Zarraluqui lo asentó,  
dándole en el cielo un sitio  
a la derecha de Dios.*

*Ni tormenta ni bonanza  
tendrán fuerza ni valor  
para sacar de la panza  
lo que el cocido metió.*

*En deuda estamos contigo  
de auténtico deudor  
por haber aquí comido  
lo que tu afecto nos dio.*

*Por derecho y por destino  
bendito acreedor,  
vivos o muertos, al filo  
estaremos de tu honor.*

Madrid 19 enero 1990

... cuando el que esto escribe está ya diciendo ¡adiós!

# INDICE

	<u>Pág.</u>
Invitación de Luis Zarraluqui.....	7
Carta de Luis Calvo.....	15
Un cocido ripiado al pliego de cordel a la saga Zarraluqui, por <i>Francisco Vega Díaz</i> .....	17
Recuerdos, por <i>Carlos Luis Alvarez «Cándido»</i> ..	37
La cita extraviada, por <i>Guido Brunner</i> .....	41
Mi primer cocido, por <i>Guillermo de la Dehesa</i> ....	43
Viernes de razón, por <i>Fernando Díaz-Plaja</i> .....	49
Luis Calvo y su revólver, por <i>José Gómez Fi- gueroa</i> .....	51
La casa de los Zarraluqui, por <i>Eduardo Haro Tecglen</i> .....	55
Para Luis Zarraluqui, corrector de Inmanuel Kant, por <i>Pedro Laín Entrelgo</i> .....	59
El viernes de Luis Zarraluqui, por <i>Fernando Lá- zaro Carreter</i> .....	63
Cincuentenario de los almuerzos de Luis Zarra- luqui, por <i>Guillermo Luca de Tena</i> .....	67
Parodia ripiada de la «Canción del pirata» (Es- pronceda), por <i>Francisco Vega Díaz</i> .....	69